

con mucho enojo, y como si me hubiese amenazado severamente con algún grave castigo por aquellas prácticas impías y otras análogas.» De repente, pensando que sus pecados eran muy grandes, y que se condenaría de seguro, hiciese lo que quisiese, resolvió darse gusto durante esta vida y pecar todo lo que pudiese. Volvió á coger la pelota, se puso á jugar con furor, y votó y juró más alto y más á menudo que nunca. Un mes más tarde, reprendido por una mujer, calló de pronto, «y, bajando la cabeza, deseaba volver á ser un niño chiquitín para que mi padre me enseñase á hablar sin aquella mala costumbre de los votos y juramentos. Porque estoy tan acostumbrado, me decía, que sería inútil pensar en corregirme; jamás podría conseguirlo.—Pero no sé cómo fué, que, á partir de entonces, dejé de jurar, con gran asombro mío; y y mientras antes no sabía hablar sin reforzar mis palabras con un juramento por delante y otro después, ahora, sin juramentos, hablaba mejor y más fácilmente que nunca.» Esas bruscas alternativas, esas resoluciones violentas, esa renovación imprevista del corazón, son obras de la imaginación apasionada é involuntaria. Esa imaginación, con sus alucinaciones, con su soberanía, con sus ideas fijas, sus ideas locas, prepara un poeta y anuncia un inspirado.

VII

Las circunstancias desarrollaron sus dotes naturales; su género de vida favorecía á su compleción mental. Había nacido «en las filas más bajas y menospreciadas»; hijo de un calderero, era á su vez calde-

rero ambulante, casado con una mujer tan pobre como él, «de tal manera que entre los dos no tenían una cuchara ni un plato de ajuar». Le habían enseñado en su infancia á leer y escribir, pero después «olvidó casi enteramente lo que había aprendido». La educación distrae y disciplina al hombre, le llena de ideas diversas y razonables, le impide caer en la monomanía ó acalorarse con la exaltación; sustituye las invenciones excéntricas con los pensamientos aprobados, las convicciones rígidas con las opiniones móviles; reemplaza las imágenes impetuosas con los razonamientos tranquilos, las voluntades improvisadas con las decisiones reflexivas; nos infunde la sensatez y las ideas ajenas, y nos da la conciencia y el imperio de nosotros mismos. Suprimid esa razón y esa disciplina, y considerad al pobre obrero ignorante entregado á su labor. Mientras trabajan las manos, trabaja la cabeza, no juiciosamente con hábitos adquiridos de lógica aprendida, sino á favor de sordas emociones y merced á un aflujo desarreglado de imágenes confusas. Tarde y mañana, el martillo maquinal arrulla con sus notas ensordecedoras el mismo pensamiento incesantemente replegado sobre sí. Una visión turbia, obstinada, flota ante él entre los trémulos destellos del estaño machacado. En el horno rojo donde hierve el hierro, en el grito del cobre magullado, en los negros rincones donde se arrastra la sombra húmeda, percibe las llamas y las tinieblas de abajo y el rechinar de las cadenas eternas. Mañana torna á ver la misma imagen, y pasado mañana, y toda la semana, y todo el mes y todo el año. Se arruga su frente, se entristecen sus ojos y su mujer le oye gemir por la noche. Se acuerda ella de que tiene dos libros en un saco viejo; el *Camino del hombre sencillo hacia el cielo*

y la *Práctica de la piedad*. El infortunado, para consolarse, los delecta, y el pensamiento impreso, ya augusto por sí, más augusto aún por la lentitud de la lectura, se clava como un oráculo en su creencia subyugada.

Las hogueras de los diablos, las arpas de oro del cielo, el Cristo desnudo en la cruz ensangrentada, cada una de esas ideas, arraigándose, vegeta venenosa ó saludable en su cerebro enfermo, se extiende, penetra más adentro y florece más arriba por una ramificación de nuevas visiones, tan frondosas que en esa mente obstruida no hay ya sitio ni aire para otras concepciones. — ¿Descansará cuando, llegado el invierno, vaya á hacer su gira? En sus largas marchas solitarias, en las landas desiertas, en los barrancos malditos, siempre entregado á sí propio, la inevitable idea le persigue. Esos caminos llenos de baches donde se hunde, esos ríos turbios que cruza en una barca podrida, esos cuchicheos amenazadores de los bosques nocturnos, cuando en los sitios medrosos la luna livida dibuja formas emboscadas, todo lo que ve y todo lo que oye se agrupa en un poema involuntario en torno de la idea que la absorbe. La idea se transforma así en un vasto cuerpo de leyendas, y multiplica su fuerza multiplicando sus detalles. — Convertido en sectario, le encierran durante años en una de esas prisiones infectas donde se pudrían los puritanos bajo la Restauración (1), y donde no tenía más recursos para distraerse que el libro de los *Mártires* y la Biblia. Hele ahí sólo aún, concentrado en sí mismo por la monotonía del calabozo, asediado por los terrores del Antiguo

(1) Se mitigaron con respecto á él los rigores: se le permitía recibir visitas y salir de cuando en cuando.

Testamento, por el delirio vengador de los profetas, por los dogmas fulminantes de San Pablo, por el espectáculo de los arrobamientos y de los mártires, cara cara con Dios, ya desesperado, ya consolado, alterado por imágenes involuntarias y por emociones inesperadas, viendo alternativamente el demonio y los ángeles, actor y espectador de un drama interno cuyas vicisitudes puede contar. Las escribe: he ahí su libro. Veis desde ahora la inflamación de ese cerebro. Empobrecido en punto á ideas, lleno de imágenes, entregado á un pensamiento fijo y único, embebido en ese pensamiento por su oficio maquinal, por su prisión y sus lecturas, por su saber y su ignorancia, las circunstancias, como la naturaleza, le hacen visionario y artista, le suministran las impresiones sobrenaturales y las imágenes, le enseñan la historia de la gracia y los medios de expresarla.

VIII

El *Viaje del Peregrino* es un manual de devoción para uso de la gente sencilla, á la vez que una epopeya alegórica de la gracia. Se oye aquí á un hombre del pueblo que habla al pueblo y que quiere hacer sensible á todos la terrible doctrina de la condenación y de la salvación (1). Según Bunyan, somos «hijos del

(1) He aquí el resumen de los sucesos: Desde las alturas del cielo una voz ha gritado venganza contra la ciudad de la Destrucción, donde vive un pecador llamado Cristiano. Este, asustado, se levanta entre las burlas de sus vecinos y parte para no ser devorado por el fuego que consumirá á los criminales. Un hombre caritativo, Evangelista, le enseña el camino recto. Un hombre pérfido, Sabiduría mundana, procura apar-

pecado», condenados de nacimiento, criminales por naturaleza, predestinados justamente á la destrucción. Bajo el peso de ese pensamiento formidable el corazón flaquea. Cuenta el infeliz que temblaba con todos sus miembros, y que, en medio de sus convulsiones, le parecía que iban á rompérsele los huesos del pecho. «Un día, sentado en la calle, caí en una profunda reflexión sobre el estado espantoso en que el pecado me había puesto, y después de mucho meditar levanté la cabeza; pero me pareció ver como si el sol que brilla en el cielo se resistiese á darme su luz, y como si las mis-

tarle de él. Su compañero Manejable, que le había seguido al principio, se atasca en el pantano del Desaliento y le abandona. El, por su parte, sigue caminando animosamente al través del agua turbia y del cieno resbaladizo, y llega á la puerta angosta, donde un sabio intérprete le instruye con espectáculos sensibles y le indica el camino de la ciudad celeste. Pasa por delante de una cruz y la pesada carga de los pecados que llevaba á cuestas se desata y cae. Sube trabajosamente el escarpado cerro de la Dificultad y llega á un soberbio castillo, cuyo guardián Vigilante le pone en manos de sus sabias hijas Piedad y Prudencia, que le previenen y le arman contra los monstruos infernales. Encuentra el camino cerrado por uno de esos demonios, Apolión, que le manda abjurar de la obediencia al rey Celeste. Tras largo combate le mata. Entre tanto el camino se estrecha, se extienden las espesas sombras y suben las llamas sulfurosas; es el valle de la Sombra de la Muerte. Le atraviesa y llega á la ciudad de la Vanidad, feria inmensa de tráficos, de disimulos y de comedias, por donde pasa con los ojos bajos, sin querer tomar parte en las fiestas ni en las mentiras. Los habitantes le maltratan, le encarcelan, le condenan como traidor y rebelde, y queman á su compañero Fiel. Libre de sus manos cae en las de un Gigante, Desesperación, que le magulla, le deja sin pan en un calabozo infecto, y presentándole puñales y cuerdas, le exhorta á librarse de tantas desgracias. Llega al fin á las Montañas Venturosas, desde donde divisa la divina ciudad. Para entrar en ella no falta más que pasar una corriente profunda donde se pierde pie, donde el agua enturbia la vista, y que se llama el río de la Muerte.

mas piedras de las calles y las tejas de los tejados se conjurasen contra mí. Me pareció que todos se coaligaban para desterrarme del mundo. Todos me aborrecían; yo era indigno de habitar entre ellos porque había pecado contra el Salvador. ¡Oh, cuánto más felices que yo eran todas las criaturas! Porque eran firmes y se mantenían en su puesto, mientras que yo me veía arrollado y perdido.»

Contra el pecador que se arrepiente se reúnen los demonios, obscurecen su vista, le asedian con fantasmas, rugen á su lado para arrastrarle á sus precipicios, y el negro valle, en que se abisma el peregrino, apenas iguala por el horror de sus símbolos á la angustia de los terrores que le asaltan. «Por toda la extensión de ese valle había á mano derecha un foso muy profundo, que es aquel á que los ciegos han conducido á los ciegos en todas las edades, y donde unos y otros han perecido miseramente. Y á la otra parte había una ciénaga muy peligrosa donde el que cae, así fuese un hombre de bien, no encuentra fondo en que sentar la planta.—Esa senda era sumamente angosta, y por eso el buen cristiano tenía que andar más sobre aviso: porque, cuando en medio de la oscuridad, trataba de evitar el foso de la derecha, se exponía á rodar por la ciénaga del otro lado, y cuando quería apartarse de la ciénaga sin gran precaución, estaba al borde del foso. Así andaba, y yo le oí suspirar aquí amargamente: porque, además del peligro que se ha dicho, la senda era tan oscura, que, cuando alzaba el pie para dar un paso, no sabía dónde ni sobre qué iba á ponerle.—Hacia la mitad del valle divisé la boca del infierno, que estaba muy cerca del camino. ¿Qué haré ahora? pensó el cristiano. Y la llama y el humo salían de momento en momento con

tal abundancia, entre chispas y ruidos horribles, que se veía obligado á levantar la espada y á recurrir á otra arma llamada *oración*.—Así anduvo mucho tiempo; y la llama seguía llegando hasta él, y oía también voces lastimeras y como un rumor de agitación de acá para allá, tanto que á veces pensaba que iban á hacerle trizas ó á pisotearle como el lodo de las calles.»—Contra esas angustias, ni sus buenas obras, ni sus oraciones, ni su justicia, ni toda la justicia y todas las oraciones de todas las demás criaturas, podrán defenderle. Sólo la gracia justifica. Es menester que Dios le impute la pureza del Cristo y le salve por una elección gratuita. Nada más apasionado que la escena en que, bajo el nombre de su pobre peregrino, cuenta sus dudas, su conversión, su alegría y la repentina transformación de su corazón. «Señor, dije: ¿puede ser acogido por ti y salvado por ti un pecador tan grande?—En este punto le oí decir: Al que viene á mí no le rechazaré yo nunca.—Y entonces mi corazón se inundó de alegría, mis ojos se llenaron de lágrimas, y toda mi alma rebosaba amor por el nombre, el pueblo y las vías de Jesucristo. Eso me hizo ver que todo el mundo, á pesar de toda la justicia que en él existe, se halla en estado de condenación. Eso me hizo ver que Dios Padre, aunque sea justo, puede justamente justificar al pecador que se arrepiente. Eso me hizo abochornarme en extremo de la infamia de mi primera vida. Eso me confundió por el convencimiento de mi ignorancia, porque jamás había venido antes á mi corazón pensamiento que me mostrase tan bien la belleza de Jesucristo. Eso me hizo desear una santa vida y anhelar hacer algo en honor y por la gloria del nombre de nuestro Señor Jesucristo. Sí, y pensé que si ahora tuviese mil galones de sangre en el cuerpo, la

derramaría toda por amor á nuestro Señor Jesús.»

Semejante sentimiento no calcula las combinaciones literarias. La alegría, el más artificial de los géneros, es natural en Bunyan. Si le emplea aquí, es porque le empla en todas partes; y si le emplea en todas partes, es por necesidad, no por libre elección. Como los niños, los campesinos y todos los espíritus incultos, trueca los razonamientos en parábolas; no ve las verdades más que vestidas de imágenes; los términos abstractos se sustraen á su comprensión; quiere palpar formas y contemplar colores. Es que las secas verdades generales son una especie de álgebra, adquirida por nuestra mente muy tarde y después de mucho trabajo, contra nuestra inclinación primitiva, que es considerar hechos circunstanciados y objetos sensibles, no siendo el hombre capaz de contemplar las fórmulas puras sino después de transformarse durante diez años de lectura y de reflexión. Nosotros comprendemos de golpe lo que quiere decir *purificación del corazón*; Bunyan no lo entiende por completo sino después de traducir en este apólogo. «El intérprete cogió á Cristiano de la mano, y le condujo á una pieza muy espaciosa que estaba llena de polvo, porque jamás se había barrido. Después de contemplarla un rato, llamó á un hombre para que la barriese. Pero cuando ese hombre empezó á barrer, se levantó tal polvareda que Cristiano casi se ahogaba. Entonces el intérprete dijo á una joven que había allí: traed agua y regad la pieza. Cuando lo hizo, se barrió y limpió agradablemente.—Entonces preguntó Cristiano: ¿Qué quiere decir esto?—El intérprete contestó: Esta pieza es el corazón del hombre que jamás ha sido santificado por la dulce gracia del Evangelio. El polvo es su pecado original y la corrupción interior que ha mancillado á

todo el hombre. El primero que se ha puesto á barrer es la ley; pero la que ha traído el agua y ha regado la pieza es el Evangelio. Ahora has visto que, cuando el primero se puso á barrer, se levantó tal polvo que no podía barrerse la pieza y casi te ahogabas tú; era para enseñarte que la Ley, en vez de barrer el pecado del corazón, le reanima, le da fuerzas, le acrecienta en el alma, á la vez que le manifiesta y le condena, porque no da el poder de vencerle.—Al contrario, cuando has visto á la joven regar la pieza, de modo que entonces se pudo limpiar á gusto, era para mostrarte que, cuando el Evangelio viene al corazón con sus dulces y preciosos rocíos, así como viste á la joven sentar el polvo rociando el suelo con agua, así la fe vence y subyuga al pecado, y limpia el alma, y la dispone, por consiguiente, para recibir al rey de la gloria.» Esas repeticiones, esas comparaciones familiares, ese estilo cándido que recuerda los periodos infantiles de Heródoto y esa sencillez bonachona que recuerda los cuentos de madame Bonne, prueban que, si la obra es alegórica, es para ser inteligible, y que Bunyan es poeta porque es niño.

Mirad bien, sin embargo. Tras la sencillez descubris la pujanza, y en la puerilidad la visión. Esas alegorías son alucinaciones tan claras, tan completas y tan sanas como las percepciones ordinarias. Nadie, excepto Spencer, ha sido tan lúcido. Los objetos imaginarios surgen de suyo ante él. No tiene que esforzarse en evocarlos ó elaborarlos. Se amoldan ellos, en todos sus pormenores, á todos los pormenores del precepto que representan, como se amolda al cuerpo un velo flexible. El autor distingue y coloca todas las partes del paisaje, aquí el río, el castillo á la derecha, una bandera en el torreón de la izquierda, el

sol poniente tres pies más abajo, una nube oval en el primer tercio del cielo, con la precisión de un topógrafo. Leyéndole, cree uno volver á ver las antiguas cartas geográficas del siglo en que los perfiles salientes de las ciudades angulosas eran grabados en el cobre por un buril tan seguro como un compás (1). Los diálogos brotan de su pluma como en un sueño. No parece pensar en lo que escribe, sino como si los hechos y las palabras naciesen y se ordenasen en él sin su concurso. Nada más frío ordinariamente que los personajes alegóricos; los suyos son vivos. Aquellos pormenores tan minuciosos y tan familiares producen la ilusión de la realidad. Una abstracción pura, como el gigante Desesperación, se hace tan real en sus manos como un carcelero ó un labriego de Inglaterra. Se le oye hablar de noche en la cama con su mujer mistress Desconfianza, que le da buenos consejos, porque, en aquel matrimonio como en todos, el animal fuerte y brutal es el menos sagaz de los dos: «Le aconsejó que cogiese á los presos, cuando se levantase por la mañana, y que los zurrase sin compasión. De manera que, cuando se levantó, cogió una buena vara de manzano silvestre, bajó al calabozo y empezó á injuriarlos como á los seres más viles, aunque jamás le habían dicho una palabra más alta que otra; luego cayó sobre ellos y los pegó tan terriblemente, que no podían ya valerse ni rebullirse en el suelo.» Esa vara escogida con la experiencia de un guarda de monte, ese instinto de empezar por desatarse en injurias y denuestos para prepararse á aporrear con coraje, son rasgos de costumbres que atestiguan la sinceridad del narrador y se apoderan del ánimo del

(1) Por ejemplo: la obra de Hollar, *Ciudades de Alemania*.

lector. Bunyan tiene la afluencia, la naturalidad, la facilidad y la claridad de Homero; se acerca á Homero cuanto puede acercarse un calderero anabaptista á un cantor heroico, creador de dioses.

Me engaño; se acerca más. Ante el sentimiento de lo sublime se nivelan las desigualdades. La grandeza de los sentimientos eleva á las mismas cimas al rústico y al poeta, y aquí la alegoría viene aún en auxilio del rústico. Sólo ella, á falta del éxtasis, puede pintar el cielo: porque no pretende pintarle; al expresarle por una figura, le declara invisible, como un ardiente sol que no podemos contemplar de frente, y cuya imagen miramos en un espejo ó en un arroyo. El mundo inefable conserva así todo su misterio; advertidos por la alegoría, suponemos esplendores más allá de todos los esplendores que se nos ofrecen; tras las bellezas que se nos abren, presentimos el infinito que se nos oculta; y la ciudad ideal, desvanecida tan pronto como vislumbrada, deja de asemejarse al toscó Whitehall, erigido á Dios por Milton. Léase la llegada de los peregrinos á la tierra celestial; no hay nada más hermoso en Santa Teresa: «Oían continuamente el canto de los pájaros, y á diario veían aparecer las flores en el suelo y escuchaban en los campos la voz de la tórtola. En esa tierra luce el sol noche y día. Y ya estaban á la vista de la ciudad adonde caminaban, y algunos de los habitantes salían á su encuentro. Porque los bienaventurados resplandecientes solían pasearse por aquella comarca, que estaba en las fronteras del cielo. Oían voces de la ciudad, voces vibrantes que decían: *Decid á la hija de Sión: Mira, tu salvación viene; mira su recompensa está con él.* Y todos los habitantes de la ciudad los llamaban los santos, los redimidos del Señor.—Y al acercarse, divisaron más cla-

ramente la ciudad. Era de perlas y de piedras preciosas, y el pavimento de las calles era de oro; de suerte que, con el brillo natural de la ciudad y el reflejo de los rayos del sol, Cristiano desfallecía de deseo. También Esperanzado tuvo uno ó dos accesos del mismo mal. Y los dos permanecieron tendidos durante un rato, gritando con angustia: *Si veis á mi amada, decidla que estoy enfermo de amor.*—«Atravesaron, en fin, el río de la Muerte, y empezaron á subir, despojados de sus vestiduras mortales. Yo vi cómo se adelantaban y cómo salían á su encuentro dos hombres con vestidos que brillaban como el oro y con semblantes que brillaban también como la luz. Ellos avanzaron entonces con mucha agilidad y presteza, aunque los cimientos en que descansaba la ciudad estaban más altos que las nubes. Subieron, pues, atravesando las regiones del aire, hablándose dulcemente á medida que marchaban, sintiéndose alentados por haber pasado el río y por tener como guías compañeros tan gloriosos.

»Su plática con los bienaventurados resplandecientes versaba sobre la gloria de la ciudad. Y estos les decían que su gloria y su belleza eran inexpresables. Allí, decían, está el monte Sión, la Jerusalén celeste y el innumerable coro de los ángeles y de los espíritus de los justos elevados á la perfección. Vais á entrar en el paraíso de Dios, donde veréis el árbol de la vida y comeréis sus frutos, que no se marchitan nunca. Y cuando estéis allí, tendréis blancos ropajes que os darán, y todos los días iréis á hablar con el rey, sí, todos los días de la eternidad.

»Luego encontraron á varios de los trompetas del rey que llevaban blancas y resplandecientes vestiduras, y que hacían retumbar hasta el cielo con sus al-

tos y melodiosos sonos. Estos los rodearon por todas partes; unos iban delante, otros detrás, otros á mano derecha y á mano izquierda tocando continuamente al tiempo que subían; de modo que el espectáculo que se ofrecía á los que podían disfrutarle era como si el cielo mismo hubiese bajado á recibirles... Y á la sazón aquellos hombres estaban ya, por decirlo así, en el cielo, antes de entrar en él, embebecidos, como se hallaban, en la contemplación de los ángeles y oyendo sus melodiosas notas. Allí también tenían ante los ojos la ciudad misma, y les parecía que todas las campanas se habían lanzado á vuelo para darles la bienvenida. Pero lo más alegre y animador era el pensamiento de que iban á habitar en tal compañía, y por siempre. ¡Qué lengua ó qué pluma podrían expresar su glorioso júbilo!—Y vi en mi sueño que esos dos hombres llegaban á la puerta. Y al entrar, se transfiguraron; y les pusieron una vestidura que brillaba como el oro. Y varios salieron á recibirlos con arpas y coronas, y les dieron las arpas para cantar las alabanzas y las coronas en señal de honor. Y oí en mi sueño que les decían: Entrad en la alegría de vuestro Señor.—En aquel punto, al abrirse las puertas para dejar pasar á aquellos hombres, miré por detrás de ellos y vi brillar la ciudad como el sol. El pavimento de las calles era también de oro, y por allí andaban muchos hombres con coronas en las cabezas, palmas en las manos y arpas de oro para cantar las alabanzas. Los había también que tenían alas, y se respondían unos á otros sin interrupción, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor.—Y luego cerraron las puertas. Cuando tal vi, deseé estar con ellos.»

Estuvo preso doce años y medio; en su calabozo fabricaba herretes para su sustento y el de su familia;

murió á los sesenta años en 1688. Al lado de él prolongaba Milton su vida, obscuro y ciego. Allí sobrevivían los dos últimos poetas de la Reforma en medio de la frialdad clásica que secaba entonces la literatura inglesa, y en medio de la disipación mundana que corrompía entonces la moral inglesa. «Hipócritas rapados, cantores de salmos, santurriones tétricos»: he ahí los nombres con que se ultrajaba á los hombres que habían reformado las costumbres y rehecho la constitución de Inglaterra. Pero, por oprimidos é insultados que fuesen, su obra se continuaba de suyo y sin ruido bajo tierra: porque el modelo ideal que habían erigido era, después de todo, el que sugería el clima y reclamaba la raza. Gradualmente el puritanismo iba á acercarse á la sociedad, y la sociedad al puritanismo. La Restauración iba á desacreditarse; la revolución iba á consumarse; y á impulsos del progreso insensible de la simpatía nacional y el esfuerzo incesante de la reflexión pública, partidos y doctrinas iban á agruparse en torno del protestantismo libre y moral.